

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

INSTRUIR A LOS PADRES PRIMERO

Extracto, 22 de agosto de 1968

¿Han visto qué orgullosos estaban los niños de haber cantado? Para ellos era algo serio. Sí, ¡han hecho algo importante! Toda su vida se acordarán de que cantaron ante un público. Para ustedes quizá no sea nada, pero para ellos es todo un acontecimiento; si entran en el corazón de estos niños, verán que es todo un acontecimiento. Ahora deben animarlos, decirles que ha sido magnífico, que tenemos necesidad de oírlos cantar y que tienen que aprender otros cantos. Es el mejor método para impedir que hagan tonterías y pierdan el tiempo por aquí y por allá.

Nunca hay que dejar inactivo a un niño. A menudo, para pedirle a un niño que esté tranquilo, se le dice: “Sé bueno”. Pero ¿por qué confundir la bondad con la inmovilidad? No moverse, no hacer nada, ¿acaso es esto bondad? No hay que extrañarse que el niño deteste después la bondad, porque, en su cabeza, ésta está relacionada con la inmovilidad, ¡y él es tan dinámico! Por otra parte, es mejor no pedirle a un niño que no se mueva, sino darle siempre algo que hacer para ocuparle.

Por eso los padres deben aceptar que sus hijos tengan que esforzarse un poco para hacer lo que les piden que hagan en la escuela o en otra parte. Los niños tienen tales recursos, tal resistencia, que olvidan inmediatamente el esfuerzo que han tenido que hacer. Con cada esfuerzo, su carácter se forma, y de eso es de lo que tienen que alegrarse los padres y las madres. Pero si, al contrario, dicen: “Pobrecito, no hay que fatigarle”, de esta manera, por querer evitarle tener que hacer algunos pequeños esfuerzos, van a volverle débil, perezoso, incapaz, egoísta.

¡Ahí tienen el amor y la pedagogía de los adultos! Miren, ¿acaso hay que compadecerse de los niños que suben a la Roca para asistir a la salida de Sol?, ¿Acaso son infelices por no haberse quedado en la cama? No. Los padres deben darse cuenta de que son a menudo ellos los que, con el

pretexto de no hacerles sufrir, mantienen a sus hijos en la debilidad. Deben cambiar de actitud porque, si no, van a ser ellos los que sufran toda la vida por haber hecho de sus hijos unos seres egoístas y caprichosos.

Conozco a muchos que han cometido este error y que ahora se tiran de los pelos. Y yo les digo: “La culpa es suya. Desde muy pronto debieron haber enseñado a sus hijos a ayudarles, a lavar algunos platos, a poner la mesa, a hacer algunas tareas fáciles.” Evidentemente, la mayoría de los trabajos son demasiado difíciles para los pequeñitos, no tienen ni la fuerza ni la habilidad suficiente para hacerlos, pero los pueden hacer ustedes delante de ellos, diciéndoles: “Más tarde tú también lo harás”. Mientras tanto hay muchas pequeñas cosas que ya pueden hacer. Pero los padres no les dan nada que hacer, porque para ellos es más fácil realizar rápidamente ciertos trabajos que mostrarles a los niños cómo ejecutarlos y vigilar mientras los hacen. Pero éste no es un buen método de educación, porque, más tarde, los niños ya no quieren hacer aquello que deberían haber aprendido cuando eran pequeñitos: sus facultades no han sido ejercitadas cuando aún era tiempo. Y, después, por mucho que los padres digan: “Holgazán, ve a hacer esto, ve a hacer aquello, trata de aprender...”, el niño ya no querrá, porque es demasiado tarde.

Hay buenas costumbres que los niños deben adquirir cuando todavía son muy jóvenes, porque entonces nunca las perderán. Una vez conocí a un hombre que había estado varias veces en la cárcel por robo y que me confesó que, incluso en la cárcel, por la mañana y por la noche rezaba su oración; se trataba de una costumbre que su padre le había inculcado cuando era pequeño, y no podía dejar de hacerlo. Le dije: “Pero, entonces, ¿reza por la mañana y por la noche sigue robando? – Ah, esto es otra cosa, respondió.” Para él, rezar y robar no eran incompatibles. Evidentemente, ¡hubiera sido preferible que su padre le hubiese inculcado también la costumbre de no robar!

La gente no se da cuenta de lo que es la fuerza del hábito. Si un niño está habituado a que sus padres cedan a sus caprichos, se acabó; más tarde, incluso cuando esté equivocado y sea consciente de estarlo, continuará queriendo que cedan ante él. Y entonces ya será demasiado tarde para cambiarle. Un niño que ha sido mimado, consentido, exigirá siempre que tengan esta actitud con él. Desgraciadamente, en este momento ya no habrá más que una fuerza capaz de educarle: la vida, porque la vida es implacable. Entonces, el niño sufrirá y se corregirá. ¡Pero cuántos sufrimientos inútiles habrán proporcionado los padres a sus hijos al no saber oponerse a sus

caprichos!

Por eso, a menudo digo a los padres: “Cuidado, cuidado, su bondad no es en realidad eso sino debilidad, ignorancia... Después llorarán, porque ustedes serán las primeras víctimas de su bondad estúpida.” ¡Cuántos padres han venido a quejarse de la actitud de sus hijos! Yo me veía obligado a decirles que ellos eran los culpables, y, evidentemente, no me comprendían. No hay que ser débiles con los hijos, porque después abusan, y no tienen la culpa. Si nadie le muestra a un niño que hay reglas a respetar, y si, ya desde muy joven, el niño tiene la impresión de que todo puede plegarse a sus caprichos, ¿cómo quieren que obedezca después a alguien que le dé una pequeña reprimenda? No obedecerá, y es normal. Preferirá desafiarlo todo, romperlo todo, perderse incluso, pero sin ceder. Porque está habituado a esto, y él no tiene la culpa.

Y cuando los padres se dan cuenta de que su mala educación ha estropeado el carácter de su hijo, no les queda más que rogar al Cielo, a los espíritus de la sabiduría, que le den una lección que le haga reflexionar. El niño llorará un poco, le consolarán, pero habrá comprendido, y, de esta manera, después de algunas buenas pequeñas lecciones, se salvará. He observado bien estas cosas, y he visto que es la bondad, la bondad estúpida, la que fomenta los vicios. La bondad es algo maravilloso, pero sólo si está al servicio de la sabiduría.

Un día estuve en la casa de una familia muy rica y bien situada en la sociedad. Estaban muy preocupados por su hijo único que no hacía más que crearles problemas. Le mimaban, le daban mucho dinero, y él, evidentemente, se divertía y descuidaba sus estudios. Yo quería ayudarles y les dije: “¿Quieren salvar a su hijo? Deben comprender, en primer lugar, que no está dotado para los estudios. Si yo me encontrase en su lugar, lo enviaría de aprendiz a un garaje, con un patrón exigente que le obligase a trabajar, y dejaría de darle dinero, porque lo único que esto hace es desarrollar su lado malo.” Les expliqué todo eso durante un buen rato, pero no me comprendieron; estaban incluso muy descontentos de mi consejo, porque se sentían humillados con la idea de que quería hacer de su hijo un obrero. No me escucharon, pues, y continuaron enviando a su hijo a las mejores escuelas, proporcionándole los mejores profesores, y, sobre todo, siguieron mimándole con dinero y con regalos. Pasados algunos años la situación se había vuelto tan catastrófica que se acordaron de mi consejo sobre el garaje. Pero, entonces, ¡cuál fue mi sorpresa! Yo les había dicho a sus padres que le enviaran de aprendiz en un garaje, y, en lugar de esto, le

compraron el garaje más grande y moderno que pudieron encontrar. Evidentemente, el chico no estaba preparado para ser el propietario de semejante garaje, y sucedió lo que tenía que suceder: algún tiempo después, quebró. No les contaré lo que pasó después, pero ahí tienen a unos padres que causaron la desgracia de su hijo debido a su debilidad y a su amor estúpido.

Actualmente los padres ya no osan utilizar estos métodos que forjan el carácter de los hijos. Dicen: “¡Ah!, que no sufra, que tenga todo lo que quiera.” Pues bien, estropean a sus hijos con esta debilidad. Un día ya no podrán obtener nada de ellos, incluso tendrán frente a ellos a auténticos verdugos que les pisotearán, y recibirán lecciones humillantes a causa de su mala pedagogía.

Pero los padres no me creen, piensan que soy cruel. No, no soy cruel, conozco algunas pequeñas leyes... que son grandes leyes. En el pasado muchos educaban de esta manera a sus hijos, incluso los reyes. Siempre había en palacio sabios que les aconsejaban. Y éste es, por ejemplo, el consejo que les daban: “Tienen un hijo que está destinado a reinar. Pero ¿acaso será justo, honesto, imparcial? He ahí lo que debe hacer Majestad: antes incluso de que su hijo sepa que es un príncipe, y el futuro heredero de su trono, envíele a vivir con una familia pobre, para que vea cómo los hombres sufren y luchan, cómo trabajan para ganarse el menor pedazo de pan. Así, cuando vuelva y suba al trono, gobernará con justicia, clemencia y misericordia.” Y los reyes seguían estos consejos.

En nuestros días, las familias ricas no quieren enviar a sus hijos a trabajar en una pequeña empresa, en condiciones duras y difíciles, donde puede incluso que reciba algunos golpes. Los enviarán a las grandes capitales, o a Suiza, en las residencias más famosas, en los que frecuentará a príncipes, jugará al tenis y hará esquí, natación... y, cuando salga de allí este hijo querido, lo envolverán con algodones. ¡Ésta es la pedagogía de la gente muy rica y muy “inteligente”!

Por otra parte, un padre muy rico nunca debe mostrárselo a sus hijos, porque éstos contarán entonces con su futura herencia y no harán ningún esfuerzo para trabajar y aprender a desenvolverse solos; creerán que les son permitidos todos los caprichos y los placeres, se volverán perezosos, y ésta es la peor de las educaciones. Que los padres dejen, pues, a sus hijos en la ignorancia de las riquezas que les esperan durante el mayor tiempo posible. Cuando hayan adquirido buenos hábitos de trabajo, de autodomínio,

entonces, sí, los padres podrán hablarles de todas las riquezas que van a heredar, pero no antes.

Esto es, por otra parte, lo que hace el Señor con todos nosotros. El Señor es el educador más grande, el más grande pedagogo. No nos muestra inmediatamente la herencia que nos espera arriba, en los bancos celestiales. Entonces, como nos creemos pobres y miserables, trabajamos, hacemos esfuerzos y, finalmente, cuando con gritos y lágrimas hemos llegado a mostrarnos dignos de nuestra herencia celestial, nos muestra todos estos tesoros que hay acumulados para nosotros. En este momento comprendemos la sabiduría del Eterno, que no nos desveló nada de antemano. Los Iniciados, que quieren trabajar como el Señor, esconden también muchas cosas en interés de sus discípulos, para que éstos se desarrollen bien.

Cuando era muy joven, cuando tenía ocho o nueve años... fui a trabajar con un herrero, pero voluntariamente, porque quise. El herrero me hacía accionar el fuelle, para avivar el fuego, y cuando él golpeaba con su martillo, yo lo hacía también. Salían chispas, y yo estaba maravillado ante estas chispas; a veces caían sobre mis pies desnudos y me hacían ampollas... ¿Sabían cuánto cobraba por mi trabajo? El equivalente a veinte céntimos por día, pero en aquella época veinte céntimos era mucho y yo estaba muy contento de poder llevarle este dinero a mi madre, porque ya había perdido a mi padre a esta edad. Y, durante mi trabajo con el herrero, observaba, estudiaba, reflexionaba...

Más tarde, quise ir a trabajar a una fábrica de pasteles. Allí, como me gustaba mucho la rapidez en el trabajo, puse a punto algunos trucos que me permitían ir más rápido que todos los demás obreros, y el patrón me recompensó. En todas partes aprendía muchas cosas; observaba cómo vivía la gente, cómo razonaba, cómo trabajaba. Una vez fui a trabajar a una fábrica de bombones. Me quedé asombrado cuando me enteré de que el dueño nos permitía comer todos los caramelos que quisiésemos, ¡y no puedo olvidar cuántos comí el primer día! Los obreros, al verme, sonreían, y yo me preguntaba por qué. Sin duda pensaban que la cosa no duraría mucho, y, en efecto, muy pronto perdí completamente las ganas de comer caramelos. El dueño nos permitía comerlos porque sabía que después de haberse atiborrado un día o dos sus obreros estarían tan asqueados que ya no tocarían ni uno solo durante meses. Mientras que si se los hubiese prohibido habrían comido quizá una decena cada día y, al final, habrían desaparecido sacos enteros.

¿Quieren que les siga diciendo cuáles fueron mis oficios? Pues bien, un día me hice sastre. Pero vi que no era un oficio para mí: había que sentarse a la turca, sin moverse, casi inactivos, y me dormí. Me fui el mismo día... pese a la decepción del patrón, que hubiera querido hacer de mí un verdadero sastre. Pero gracias a esta jornada que pasé con él, sé coser... ¡al menos un botón! Aprendí a enhebrar una aguja, a hacer el nudo, etc.

¿Ven?, pasé por muchos oficios. Ya no me acuerdo de los demás... ¡Ah, sí! Durante la guerra de 1914-1918, cuando ya era mayor y tenía unos 16 o 17 años, durante las vacaciones quise trabajar en una administración. Estaba con el papeleo: escribía todas las cartas que había que expedir, y, como se trataba de un trabajo sedentario y hacía mucho calor, porque era durante el verano, ¡me invadía un sueño agradable! Sólo me quedé uno o dos meses.

Así que ahora ya conocen toda mi vida (¡en realidad, no conocen nada de ella!) ¿Ven?, desde muy joven probé muchos oficios y tengo muchas experiencias: era necesario. Mi madre no me empujaba a hacerlo, pero yo sentía que había que conocer todo eso para comprender lo difícil y compleja que es la vida. Más tarde fui profesor y director de colegio, pero les hablaré de esto en otra ocasión.

Los padres que quieran ver que sus hijos asuman, más tarde, grandes responsabilidades, deben darles una educación que les haga conocer las dificultades de la vida, porque si no, cuando éstos manden, ¿cómo comprenderán los esfuerzos de sus obreros, de sus soldados, de sus subordinados? Aquéllos que han salido de un medio muy pobre y se han educado con su trabajo son seres comprensivos, y hasta compasivos, a veces, con el sufrimiento de los demás, porque ellos mismos también han sufrido. Mientras que los otros dirán, como la reina María Antonieta, cuando oía al pueblo reclamando pan: “¿No tienen pan? ... ¡Pues que coman bollos!” No podía comprender.

* * *



www.laenseanza.org